

CAPÍTULO XXXII.

SUCESOS DEL SITIO DE ROMA.

AL mismo tiempo que el General en jefe de la expedición española salía de España al frente de sus tropas para apoyar la más justa de las causas, el ejército napolitano, bajo las inmediatas órdenes de Fernando II, rey de las Dos Sicilias, penetraba en los Estados romanos.

El furor de los triunviros romanos llegó á su colmo al ver que por todas partes acudían tropas extranjeras, y quiso desahogar la hiel de su impotente ira contra Fernando II, al que odiaban porque había triunfado de la revolución en sus Estados. Así, pues, en una proclama que dirigieron al pueblo romano estampaban estas orgullosas frases: «Así como hemos vencido á nuestros primeros lidiadores, venceremos también á los segundos.» Y al saber la marcha de las tropas napolitanas, uno de los triunviros, convirtiéndose en payaso, exclamó en pleno consejo: «Hemos desplumado y comido el gallo: ahora cocerémos y comerémos los macarrones.» Esta bufonada fue recibida con estrepitosas salvas de aplausos. Estas comedias las vemos repetidas en todas las revoluciones. Siempre hay hombres que viendo su impotencia y la proximidad de una derrota procuran con bufonadas hacerse propicias á las masas revolucionarias. ¡Los pueblos son iguales en todas partes! Lástima es que las lecciones de la historia no sirvan de experiencia, y que siempre haya quienes se dejen alucinar y arrastrar por míseros farsantes, que no buscan otra cosa que enriquecerse á costa de los pueblos, siempre prontos á prodigar su sangre por los que, ofreciéndoles un paraíso de delicias, labran su fortuna y abandonan á los ciegos instrumentos de su ambición.

Dejemos á uno de los más imparciales historiadores el explicar la continuación de los sucesos:

«Desde Maglianella, el general Oudinot trasladó su cuartel general al pueblo de Palo: la primera brigada, acampada en Polidoro, ocupaba una serie de montañas muy fáciles de defender en caso de ataque, y ochenta caballos del 1.º de cazadores y el 66.º de línea, desembarcados en Civitavecchia después del 30 de abril, reforzaron la segunda brigada. El General en jefe, considerando de la mayor importancia tener en la embocadura del Tíber un punto que permitiese interceptar las provisiones que se dirigían á Roma, y que sirviese al mismo tiempo para facilitar el transporte de las de su ejército, había resuelto apoderarse del fuerte de Fiumicino, situado en la orilla derecha de uno de los brazos del río, cuya comisión confió al capitán de Estado mayor Castelnau; este oficial dispúsose al momento para desempeñarla cumplidamente, y saliendo de Palo el día 5 de mayo al frente de tres compañías de infantería y de veinte y cinco cazadores de á caballo, llegó después de ocho horas de marcha al frente de Fiumicino, el cual había sido evacuado aquella misma mañana por la guarnición romana. El capitán Castelnau lo ocupa militarmente en calidad de comandante superior, y el General en jefe señala en un batallón la fuerza que cree necesaria para conservar y defender la embocadura del Tíber, y extender la ocupación hasta Ostia; al mismo tiempo establece en el fuerte un depósito general de provisiones, que desde allí llegaban sin dificultad al ejército, ya por el río, ya por los dos caminos paralelos á él. Algun tiempo después, cuando se querrá echar un puente sobre el Tíber á la altura de San Pablo, reuniránse en Fiumicino las barcas y materiales necesarios para su construcción: por el Tíber son dirigidos á Civitavecchia y á Córcega los enfermos y los heridos, y también por Fiumicino tienen lugar las correspondencias diplomáticas del General en jefe con la embajada de Francia en Gaeta.

«Nuevos refuerzos llegados de Francia se habían reunido al ejército; un escuadrón del 1.º de cazadores, el 16.º regimiento de infantería ligera, la brigada del general Chadeysson y seis piezas de batir permitían abrir otra vez las hostilidades con ventaja; así es que el General en jefe reunió en consejo á los jefes de artillería y de ingenieros para determinar el plan de ataque, y después de detenidos estudios fue elegida por centro de los movimientos la porción del recinto próximo al río y situada en su orilla derecha, posición que reunía la doble ventaja de respetar los monumentos de la ciudad, y de no apartar al ejército de su doble base de operaciones: Palo y Civitavecchia. Fijado y aprobado este plan, la brigada Mollière se pone en marcha hácia Castel Guido, á donde no tardó el Generalísimo en trasladar su cuartel general; la primera y segunda brigadas reciben la orden de ocupar las alturas de Maglianella y de Lungaretta, y el 2.º de línea toma posición en Ponte Galera, comunicando con la Via Aurelia por un camino practicable para la artillería. Semejantes disposiciones causaron gran sensación á los agentes diplomáticos franceses que habían permanecido en Roma, y temiendo las consecuencias que podrían resultar del rompimiento de las hostilidades con fuerzas que creían insuficientes en vista de la actitud del ejército romano, aumentado con considerables refuerzos, quisieron á toda costa hacer saber al cuartel general las disposiciones del enemigo. Para desempeñar tan difícil misión era necesario un hombre inteligente, animoso y adicto, condiciones que reunía Mr. Mangin, el cual conocía al general Lante, que había hecho la última guerra de la independencia, y estaba además en relaciones de amis-

tad con su ayudante de campo Mr. Galvagni, que desempeñaba entonces las funciones de director de policía. Mr. Mangin manifestó á ambos el proyecto que concibiera, y les rogó que prestasen su cooperacion á él, facilitándole los medios de llegar al campamento de los franceses, á fin de evitar, si posible era, la continuacion de una sangrienta lucha; el General se negó á ello bajo pretexto de que traspasaría los límites de sus poderes favoreciendo un acto que solo los triunviros podían apreciar y aprobar en su caso; recibida esta contestacion, Mr. Mangin se presentó ante el triunvirato sin pérdida de momento, y recibido por Mazzini, díjole este, despues de escuchar su proposicion muy poco favorablemente: «Caballero, el paso que pretendéis dar nos es indiferente, pues hemos probado á la faz de la Europa entera que Roma no teme á la Francia. Hemos prohibido á los franceses acercarse á nuestros muros, y sabremos hacer respetar nuestros preceptos. Roma es la Ciudad eterna; ¡desgraciado del que atente contra ella!» Mr. Mangin insiste, hasta que por fin, despues de largas conferencias con sus colegas, Mazzini le entrega un pase; esto sucedía á las seis de la tarde, y sin perder un instante sale por la puerta Angélica en direccion á la puerta Cavallegieri: gran número de guardias cívicos se hallaban armados en las murallas; mas el animoso francés, acompañado de un capitán de Estado mayor que los triunviros le habían dado para protegerle en caso necesario, ata un pañuelo blanco al extremo de un baston. «¡Atrás, le gritan, atrás, no se pasa!» pero Mr. Mangin adelanta siempre; los guardias cívicos hacen fuego contra él sin poder detener su marcha; las balas silban al rededor de su cabeza, y el cochero se detiene diciendo: «Volvamos á la ciudad; si vuestro deber es hacerlos matar, el mio es vivir para mi mujer y mis hijos.» El capitán romano añade: «Ya veis, caballero; nos haríamos matar aquí sin provecho y sin gloria; volvamos á Roma.— ¡Sea, pues! contesta Mr. Mangin; mañana empezaremos de nuevo.»

«En efecto, el día siguiente emprendieron el mismo camino, y llegaron sin obstáculo hasta la Malagrotta; mas al llegar allí se ven rodeados por una partida de garibaldinos: Mr. Mangin, á pesar de su carácter diplomático y de las protestas del capitán romano que le acompañaba, es arrestado; varios fusiles se dirigen contra su pecho, y un coronel de caballería llamado Masina le amenaza con hacerle fusilar, siendo precisa la intervencion del mismo Garibaldi para sacarle de una muerte cierta. Despues de tan desgraciado encuentro, vióse obligado á volver á Roma.

«En presencia de tantas dificultades, habria cedido cualquier hombre de un valor menos ardiente, mas Mr. Mangin sentia crecer su energía en proporcion de los obstáculos; preséntase otra vez delante de Mazzini, pero no ya como suplicante, sino como un hombre que tiene derecho de hablar alto. «El poder del general Garibaldi, exclama, ¿es acaso superior al de los triunviros?» y le refiere los peligros que ha corrido, las violencias que sufriera, y la oposicion de Garibaldi á dejarle pasar adelante. «Por el interés de Roma, dice, mas aun que por el de Francia, importa que mi mision se cumpla, y se cumplirá.» Mazzini le entrega un nuevo salvoconducto, y con él puede llegar por fin Mr. Mangin al cuartel general francés. Á su llegada halla al General en jefe gravemente enfermo, y el duque de Reggio, previendo las fatales consecuencias de que podía ser origen un sistema temporizador, contestó lo siguiente á sus proposiciones: «Los romanos desean la guerra, y cuanto mas pronto será mejor; sin embargo, si mas bien aconsejados consienten en someterse á

la Francia, me hallarán siempre dispuesto á acoger todas las proposiciones conformes con la dignidad de la Francia y con los intereses de la soberanía pontificia.»

«Los refuerzos franceses solo habían llegado en parte, y los defensores de Roma aprovecharon esta dilacion para activar sus trabajos de resistencia y continuar en sus excesos: el día 2 de mayo la comision de barricadas señaló los puntos en que al primer cañonazo debían reunirse los combatientes armados; el día 3 hizo un llamamiento al patriotismo interesado de los herberos, suplicándoles en nombre del pueblo que acudiesen al seno de la comision, á fin de examinar los *tribolis*, instrumento hecho para atormentar al enemigo; esta máquina de nuevo género estaba formada con planchas erizadas de clavos, y la comision ofrecía un premio de treinta escudos pagados al instante al que le entregase ciento de dichas máquinas. El mismo día decretó la construccion en todas las calles de barricadas movibles, y lanzó una fulminante proclama contra el ejército napolitano.

«Sea la insurreccion por algun tiempo, decía, el estado normal del país, la vida de todo patriota; sean los cobardes castigados con la infamia y los traidores con la muerte! y así como la república fue grande durante la paz, sea terrible durante la guerra.» Recomendaba además á los habitantes de las provincias la organizacion en partidas de diez á cincuenta voluntarios, dependientes del gran centro de Roma, que debía atacar de frente, y prometía el grado de capitán á todo el que reuniese diez ó cincuenta, y tierras, honores y dinero á cualquiera que combatiese por la salvacion de la república romana.

«Imposible era que estas permanentes excitaciones dejasen de traducirse en actos deplorables, y aquel mismo día tres campesinos fueron atacados por algunos hombres furiosos. «Son jesuitas disfrazados,» exclaman, y al momento acude una tumultuosa muchedumbre gritando: ¡Mueran los Jesuitas! encierran á los tres desgraciados en un círculo que va estrechándose por momentos; en vano suplican y declaran que no son eclesiásticos; los gritos de muerte aumentan, y una mujer de la campiña de Roma, deslizándose como una serpiente á través de la multitud, se acerca á ellos y los hiere con el puñal que sirve de aguja en su peinado. Su accion fue la señal de la matanza, y en un instante las tres víctimas son asesinadas y despedazadas; la multitud, ebria de ira, se lava las manos en su sangre; divide entre sí su carne, y entonando los lúgubres cantos con que la Iglesia católica acompaña las palabras sacramentales que pronuncia por los difuntos, precipita en las aguas del Tíber los palpitanes restos de aquellos nuevos mártires de los errores populares. El día siguiente el triunvirato se limitó á reprender, en pacíficas proclamas, tamañas atrocidades, que calificó de graves desórdenes.

«El día 6 la comision de barricadas prohibió colocar banderas rojas en las calles donde no lo habían sido por ella misma, y declaró que aquellas banderas indicaban las calles reservadas para la artillería y la caballería. «En todas las demás calles, dice, levantad barricadas á discrecion, si bien cuidad de que pueda pasar por ellas un hombre á caballo; recoged piedras y tenedlas prontas; la piedra que aplastará á algun agente de la tiranía se convertirá en piedra preciosa. Las damas romanas especialmente deben recoger esas inexorables piedras, etc., etc.»

«El príncipe de Canino que, ya por amor á la popularidad, ya por temor del populacho, solo firmaba C. L. Bonaparte, dió en nombre de la Asamblea

constituyente un voto de gracias á los triunviros. «Ciudadanos, dice, la Asamblea juró no ha mucho salvar la república, y la república será salvada, ya que contribuyen con tanto patriotismo al cumplimiento de su juramento almas tan generosas como las vuestras.»

«Finalmente, un francés expulsado de su país, y capitán de Estado mayor en el ejército romano, trata de excitar contra sus compatriotas el valor de los extranjeros. Laviro, encargado por el Ministro de la Guerra de formar una legión extranjera, invita á todos los que deseen combatir por la causa de la libertad á presentarse en la Pillota, donde serán inmediatamente inscritos y organizados en legión. Olvidemos por el honor de nuestro país que aquel hombre llevó las charreteras de artillero de la guardia nacional de París (1).»

El triunvirato trataba por todos los medios posibles hacerse partidarios entre el ejército francés; pero aquellos valientes soldados se hallaban dispuestos á perder antes la vida que hacer traición á sus banderas. Por un cálculo político se pensó en dar libertad á los prisioneros y disponerles toda suerte de obsequios, pensando que de este modo podrían atraerles. Hé aquí la carta que Mazzini leyó en sesión pública á la Asamblea constituyente: «Ya teneis conocimiento, decia, de nuestra decision respecto á los prisioneros franceses; de este modo enviamos apóstoles en el cuerpo expedicionario, y contribuimos eficazmente con semejante acto á ganar para nuestra causa la opinion pública, que cada dia se pronuncia en Francia con mas fuerza en nuestro favor. *Las noticias de París son buenas.*»

Es indudable que el triunvirato obedecia á las órdenes del comité democrático de París, de aquellos hombres tan poco amantes de su patria que, como quiera que el espíritu de partido habia desfigurado los resultados de la jornada del 30 de abril, entonaban un *Te Deum* democrático en honor del pretendido triunfo obtenido por los romanos contra sus compatriotas. Aunque hubiera sido cierto el triunfo de los republicanos de Roma, ¿dónde se ha visto mas cinismo que celebrar las victorias de un ejército contrario y la derrota de los propios hermanos? Á tales aberraciones dan lugar las pasiones políticas que embotan todo noble sentimiento.

En efecto, los prisioneros procedentes del 30 de abril fueron puestos en libertad. Una inmensa multitud recorria tras ellos las calles gritando: ¡Viva la república francesa! ¡Viva la república de Roma! Y en todas partes tenian que detenerse los soldados franceses para recibir los obsequios que se les tributaban y los apretones de manos de los farsantes dominadores. La comedia estaba perfectamente preparada, sin faltarle cosa alguna de su correspondiente aparato. Así es que hasta una lluvia de flores caia sobre los que dias antes habian sido objeto de los mayores insultos y peores tratamientos. El caso era, como antes hemos dicho, atraerse la voluntad de aquellos soldados, y que al volver á sus filas pudiesen manifestar que los romanos estaban animados de sentimientos los mas pacíficos, y que una y otra república debian considerarse y amarse como hermanas. Esto pasaba el 7 de mayo.

En tanto que los demócratas de París se mostraban tan enemigos de su patria, como antes hemos visto, y dirigiéndose á sus amigos en Roma les decian: «Italianos, hermanos nuestros, cesad de maldecirnos y de renegar de nosotros; la verdadera Francia, la Francia del 92 y la del 24 de febrero, existe

(1). Mr. Alfonso Balleydier, obra citada, traduccion de D. Francisco de P. Fors de Casamayor.

aun;» un hombre de corazon que acababa de ser elegido presidente de la república francesa protestaba contra aquellos alardes antipatrióticos, escribiendo una carta al general Oudinot, que un publicista notable ha calificado de verdadero monumento histórico, que creemos de nuestro deber insertar aquí. Es de este modo:

«Mi querido general:

«El parte telegráfico que anuncia la imprevista resistencia que habeis hallado bajo las murallas de Roma me ha causado una profunda pena, pues, como no ignorais, esperaba que los habitantes de Roma, abriendo sus ojos á la evidencia, habrian recibido solícitos á un ejército que iba á ejercer en su ciudad una accion benéfica y desinteresada. Por desgracia no ha sucedido así, y vuestros soldados han sido recibidos como enemigos: desde aquel momento queda empeñado nuestro honor militar, y no sufriré que caiga sobre él la menor mancha. Los refuerzos no os faltarán, y decid á vuestros soldados que aprecio su valor, que participo de sus penas, y que siempre podrán contar con mi apoyo y con mi gratitud.

«Recibid, mi estimado general, la expresion de mis sentimientos de aprecio.—Luis Napoleon Bonaparte.»

Esta carta fue confiada para llevarla á su destino á Mr. Fernando de Lesseps, el cual llegó al cuartel general durante la noche del 14 al 15; acompañábale Mr. Accusi, ardiente revolucionario comprometido en 1831 y comprendido despues en la amnistía dada por Pio IX en los primeros dias de su pontificado. Los que deseaban el verdadero triunfo del Pontífice-Rey vieron con desconfianza que estos dos hombres fuesen los comisionados para acudir al cuartel general con órdenes del Presidente de la república francesa.

Recibida dicha carta por el general Oudinot se apresuró á contestarla para manifestar al Jefe del Estado la situacion en que se hallaba el cuerpo expedicionario, y lo hizo en los términos siguientes:

«Señor Presidente:

«Acabo de recibir la carta que os habeis dignado escribirme con fecha 8 del corriente, la que me apresuro á poner en conocimiento del cuerpo expedicionario, pues en ello encontrará una preciosa y justa recompensa de su abnegacion, valor y disciplina.

«El ejército francés se halla á las puertas de Roma, y por vasto que sea el recinto de esta plaza, se halla completamente circunvalado; en breve nuestras piezas de batir estarán en batería, y dueños de la parte alta y baja del Tíber, dominando en el camino de Florencia, hemos interceptado todas las comunicaciones, y tenemos una plena libertad de accion.

«Desde hoy seria segura é infalible la sumision absoluta del partido que domina en Roma, si el *Monitor* del 8 no reanimase fatales esperanzas; mas, suceda lo que quiera, dentro de pocos dias la Francia será árbitra de los destinos de la Italia central, y nuestro Gobierno recogerá el fruto de la enérgica y generosa política que pretende seguir y que vos le inspirais.»

Dirijamos ahora la atencion, siquiera sea por breves momentos, á Gaeta, donde Pio IX sigue recibiendo la mas generosa hospitalidad. Allí, investido de la paternidad universal, espera tranquilo el desenlace de los sucesos, fija

su confianza en el Dios que gobierna el universo en peso, medida y número. Ora incesantemente, y excita á toda la familia católica á unir sus oraciones á las suyas, á fin de que el Señor se digne abreviar los días de la prueba, y que la nave de la Iglesia agitada por tan terribles tempestades descanse cuanto antes en el puerto de la bonanza y de la paz. Desde el lugar de su destierro dirige su pensamiento á Roma, y llora sus desgracias á la manera que el Profeta de los lamentos lloraba por la ruina de su Jerusalem amada. Con el corazón destrozado por las traiciones y las ingratitudes, que fueron recompensa de sus virtudes y bondades para con su pueblo, no tiene una palabra de odio para sus enemigos, si bien su constante deseo era ver libre á su capital amada de aquellas hordas de malhechores que la deshonraban.

El mismo nombre que el Soberano Pontífice se había impuesto á su exaltación le recordaba que en menos de un siglo otros dos predecesores suyos, los Pios VI y VII fueron también llamados á pelear contra la idea anticristiana por decreto de la Providencia, saliendo ambos desterrados y devorando las mayores amarguras. Pio IX sabía que aquellos ilustres Pontífices, dirigiendo su voz al mundo desde las mismas prisiones, habían sido escuchados hasta en los últimos confines de la tierra, y que cuando más ultrajada había sido la cátedra de Pedro, se vió que los huracanes no habían hecho otra cosa que afirmarla y robustecerla. «Los golpes de la fortuna, dice un sábio escritor, la depravación y ruina de los hombres, las combinaciones en la política, los furores de la impiedad, todo viene á confirmar los celestes decretos: defiende al Pontificado una mano protectora, y sírvele de muro la misma bendición de Dios. Ultrajen, nieguen, amenacen y despojen sus enemigos en buen hora: lleve el Pontífice tiara de oro y pedrería ó corona de espinas, sostenga en su mano cetro ó caña, siempre es y será el Papa.

«Y tan cierto es esto, hasta tal punto queda demostrado por los mismos acaecimientos, que basta la historia de esos tres Pontífices para convencer á todos de su evidencia. Muere Pio VI en territorio extranjero, encarcelado por la revolución, y pocos meses después es llevado á la basílica de San Pedro el féretro de la víctima, y para inmortalizar al mártir y confesor coloca Roma por manos de Canova la estatua de Pio VI en el mismo sepulcro de los santos Apóstoles, como para glorificar á Pedro y Pablo en el inquebrantable esfuerzo de su sucesor. Á su vez Pio VII vuelve á su querida Roma al caer Napoleón; pero, más afortunado Pio IX que sus antecesores, en apariencia á lo menos, entra de nuevo en ella en el preciso momento en que Luis Napoleón Bonaparte presenta su futura elevación al imperio, como prenda de libertad para la Iglesia y de sosiego para el Sumo Pontífice (1).»

Así hablaba un eminente publicista cuando Pio IX, amparado por las victoriosas armas, entró solemnemente en la capital de sus Estados. Hoy Pio IX se halla tanto ó más angustiado que en los días de la revolución romana. Dios vendrá nuevamente en su auxilio, y Roma se salvará otra vez.

Sigamos la ya interrumpida narración del sitio de la Ciudad eterna.

El ministro plenipotenciario de Francia Mr. Fernando Lesseps, luego de haber entregado al General en jefe del cuerpo expedicionario la carta que se ha leído, partió inmediatamente para Roma, donde verifica un tratado contrario á la voluntad del Presidente de la república francesa, á la del general Oudinot y de todo el ejército, el cual consistía en una suspensión de hostilidades.

(1) Crétineau-Joly, *La Iglesia romana y la Revolución.*

Entre tanto el ejército francés hábilmente dirigido hacia diferentes movimientos, y el general Carlos Levaillant, al practicar un reconocimiento en la dirección de la villa Panfilí, se apoderó de un cuerpo avanzado de cuarenta y cinco romanos, establecido en la unión de los caminos de Capaletta y Gorviale. Engañados aquellos soldados por las calumnias que se habían propalado contra el ejército francés, pues se decía que no daba cuartel y que trataba con la mayor crueldad á los prisioneros, creían que iban á ser inmediatamente pasados por las armas. Aquellos héroes de barricadas, que se jactaban de tanto valor cuando estaban al abrigo de las murallas de Roma, y que parecían desafiar la muerte, apenas se vieron en poder de los soldados del ejército expedicionario lloraban como niños, y juntando las manos ante el pecho imploraban la vida con la mayor humildad. ¡Ni aun tenían el valor de sufrir los reverses á que los exponía la causa de que se habían constituido defensores! El General se apresuró á tranquilizarlos diciéndoles que nada tenían que temer, porque «los franceses respetan á sus prisioneros y jamás dan la muerte después del combate.» Tales palabras fueron como un bálsamo de consuelo para aquellos afligidos corazones. Encontraron la vida en los instantes en que creían perderla. En aquellos momentos regresaba de Roma Mr. Fernando Lesseps, que dió cuenta al general Oudinot del tratado que acababa de firmar, y en virtud del cual los romanos pudieron recibir nuevos socorros. El día 8 entró en Roma una columna de cuatrocientos cincuenta lombardos bien armados y equipados; el 13 dos mil hombres y una compañía de voluntarios de Perugia fueron recibidos con el mayor entusiasmo. Eran mandados por el general Roselli, el cual fue elevado poco después al mando en jefe de las tropas romanas. Cuatro días después hizo su entrada la división del general napolitano Mezzacapa, formada de doce piezas de artillería, dos escuadrones de caballería y cuatro mil quinientos infantes, compuesta de guardias civiles de Bolonia, de suizos y de refugiados polacos.

Trabajaban constantemente en la construcción de barricadas de día y de noche á través de canciones bélicas. Hé aquí una muestra de esta literatura revolucionaria. Es el himno de Magazzari, antes poético chantre de Pio IX, que llegó á prostituir hasta tal extremo su talento:

«En el suelo de Italia, no haya más papas ni reyes; ya no reina aquí la esclavitud. ¡Guerra! ¡guerra!

«Desde hoy los Alpes y el mar ciñen una sola alma, una sola voluntad; lancemos el grito de los valientes: ¡Guerra! guerra!

«Vil é impío es el que vacila coger un fusil y un puñal, y no se atreve á atacar al enemigo. ¡Guerra! ¡guerra!

«Tierra de Italia, patria nuestra, tuyo sea nuestro último suspiro: por tí queremos vencer ó morir. ¡Guerra! ¡guerra!

«Debajo del suelo que pisamos se estremecen los cadáveres de un pueblo que vivió en otro tiempo. ¡Ah! aquel pueblo ya no existe. ¡Guerra! ¡guerra!

«Pero el recuerdo de los héroes no puede engañar ni morir: levántate, Italia, y emprende un nuevo vuelo. ¡Guerra! ¡guerra!

«En el suelo de Italia no haya más papas ni reyes; ya no reinará la esclavitud. ¡Guerra! ¡guerra!»

Mientras tanto que lanzaban el reto á los ejércitos cristianos, las tropas austríacas ponían sitio á la ciudad de Bolonia, y el general Córdoba se reunía á la primera expedición española desembarcada en Terracina. Á los ma-